

AMARGOR

Pedro Manuel VÍllora

a Terenci Moix

1

Ingredientes para  
hacer  
un bloody-mary son  
el tomate,  
la pimienta y la sal,  
salsa picante si hay  
y es más sabroso  
si tiene  
un poquito de limón  
(unas gotas, no  
más);  
pero el hielo sólo  
sirve  
para dejar un producto  
aguado.

Aguado está, no es suficiente,  
aguado es  
el alimento inapetente,  
o peor,  
la comida que  
un día fue  
manjar en las bocas  
hermanadas.  
Y aun así no es  
lo mismo  
aquello rebajado con  
el agua,  
que el bocado descompuesto  
por acción de la  
saliva.

El mundo en que  
se vive  
no es más que una mezcla de  
sustancias;  
y las materias que  
de ella se separan y  
su fin  
es servir al cuerpo de alimento son  
aquellas cuyo nombre  
se contempla por  
comida.

La saliva,  
así,  
corroe, o mejor,  
divide más aún  
esas sustancias;  
discrimina lo que es y no  
conveniente para hacer  
prosperar el  
organismo.

De aquello que se  
ingiere  
una parte importante se aprovecha  
y el resto varía  
su forma y se transforma en  
el pasto que a su vez  
es de otros  
alimento y del cuerpo  
huella fugaz.  
Pero nombre lo  
merece y se atribuye  
al bocado cuyo poso  
permanece  
al ingerirlo, descompuesto  
en las partículas  
imprescindibles para hacer  
regenerar a los  
tejidos.

El tejido que conozco  
del cuerpo cuyo  
sueño  
sirve ahora de descanso a  
sus miembros cansados y  
a su función ejecutiva,  
es, y no sé cómo, capaz  
de causar, y así ha causado,  
una atracción  
incomprensible a mis  
sentidos, un extravío;  
producto, sin duda,  
de una mala  
alimentación.

El mío  
no, el otro, es  
un cuerpo extraño pero,  
en aspecto, bien  
equilibrado,  
creado a base de una prudente  
nutrición de adecuadas  
calorías.

Hay un sentimiento, inconfesable,  
de admirada admiración  
a ese compuesto de  
nutrientes y organismos,  
pero un pudor que  
para nada  
puede llamarse natural  
me impide comprobar,  
en lo absoluto,  
la forma en que ese cuerpo  
ha sido  
construido.

Podría, si supiese  
el modo que ese cuerpo  
tiene  
de alimentarse,  
podría, y en principio  
nada excluye  
que se logre conseguir,  
podría,  
analizando el origen y el  
carácter de sus costumbres y  
hábitos,  
hacer que mi cuerpo  
ajustase  
su alimento al  
del cuerpo cuyo aspecto  
admiro.

Mientras un cuerpo, el mío,  
desvelado y a la vez  
desprotegido,  
sigue activo en la deshora  
impidiendo que el  
descanso obre una mejora en  
los tejidos, siquiera,  
de uso en la conquista del espacio  
social,  
el otro duerme,  
imagino,  
en ese cuarto, supongo oscuro,  
cuyo acceso me es  
prohibido.  
A mi cuerpo se le niega  
explorar con atención el otro  
cuerpo deseado;  
será que mi contacto  
impediría  
su adecuada digestión.



Hay cuerpos, dicen,  
cuyo sustento no termina  
en la ingestión del  
alimento;  
necesitan, además  
el contacto de otros cuerpos de  
su misma condición.

Mismo el rostro,  
mismo el pecho, y la  
cadera,  
distingue al elegido del  
nacido en el  
marasmo.

Ellos se buscan, se saben,  
se ven,  
se encuentran,  
se restriegan entre sí,  
disfrutan.

Y gastan materia sobrante que  
en otros cuerpos se  
retiene, se acumula, se  
degrada.

El cuerpo que, creo,  
descansa,  
ha salido, es, uno  
de los elegidos. Yo creí,  
pensé, ser  
elegido también. Pero  
no.

El cuerpo escogió  
otro, no el mío,  
que ahora creo que duerme  
con él.

Yo no duermo, y tal  
vez el descanso no sea  
propio de los cuerpos  
ignorantes de qué alimento se pueda  
en el contacto consumir.

Debo asumir,  
por tanto, que mi cuerpo  
no es de aquellos  
perfectamente bien  
alimentados,  
que no supe retener  
al que portaba en su bandeja el  
buen manjar,

que olvidé que la  
dietética  
no es producto sino  
causa de la estética.  
Y mi error mayor ha sido  
no seguir la moda  
en la edad del punto picante,  
y haber continuado en lo dulce  
más tiempo  
del que había menester.  
Precipitado, al advertirlo pasé  
de gustar la leche al sabor  
de los limones, sabor  
cítrico; fallé,  
y ahora mi cuerpo exhala un  
pútrido olor, pues es  
un compuesto que empalaga  
de azúcar  
con nata agria.